



Monika Zgustova
Un revólver para salir
de noche



MONIKA ZGUSTOVA

Un revólver para salir de noche

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2019

© Monika Zgustova, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 15969-2019
ISBN: 978-84-17747-35-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

LA MARIPOSA AMARILLA

Vladimir

Montreux, 1977

Miraba por la ventana el lago, que un tímido sol de primavera plateaba, mientras reflexionaba sobre la novela que estaba escribiendo: *El original de Laura*. Pensó que siempre que confería un detalle entrañable de su vida a los personajes que creaba, este se diluía de inmediato en el mundo ficticio en el que sin previo aviso se veía depositado. Si bien persistía en su mente, el ardor y el encanto retrospectivo que hasta entonces lo habían caracterizado se esfumaban paulatinamente y, al cabo de poco, ya se identificaba de manera más íntima con la novela que con él.

Echó una ojeada a su hijo, que acababa de entrar en la habitación, y decidió no introducir en el libro sus recuerdos más preciados; esta vez se los guardaría. No quería que en su memoria las casas se vinieran abajo con el sigilo de las películas mudas de los tiempos lejanos de su niñez y juventud. No permitiría que su obra, cual ladrón, le robara lo mejor que conservaba su interior.

Su hijo de cuarenta y tres años, Dmitri, llevaba un traje oscuro de noche y una camisa blanca sobre la que resplandecía una fina corbata verde pastel; alto y delgado, recordaba un chopo en el esplendor de la primavera. Eran

las cinco y media de la tarde y, por la ventana abierta del pequeño apartamento del hotel Montreux Palace, entraba un aire muy cálido para ser marzo.

—Pareces un dandi —lo alabó Véra.

Y era cierto que Dmitri, cantante de ópera en La Scala de Milán, tenía el porte aristocrático de su padre. De ella había heredado los ojos cristalinos y las facciones clásicas mediterráneas, judías.

—¿Vas a salir hoy, Mitia? —preguntó Nabokov padre—. Como no has comentado nada esta tarde durante el paseo...

Dmitri les explicó que en el Grand Théâtre de Ginebra se estrenaba aquella noche *El barbero de Sevilla*, en la que cantaba un compañero suyo. Le había dejado una entrada gratis en la taquilla.

—¿Cenarás con nosotros después de la ópera? —quiso saber Véra.

Comería algo con sus amigos, repuso él mientras se dirigía a la puerta. Antes de salir, abrió el cajón de la mesa: buscaba la llave de su coche, un Ferrari azul adquirido hacía apenas unos meses, a finales de 1976. Véra temblaba cada vez que Dmitri cogía el coche, aunque una vez más no dejó que se le notara. Sabía bien que el gusto por los coches y la velocidad le venía de ella.

—¿Y el abrigo, Mitia? Ponte algo encima, estamos solo a marzo. Soplará el viento de las montañas y del lago —fue lo único que dijo.

Pero Dmitri deseaba que llegaran de una vez la primavera y el calor, y le parecía que salir sin abrigo era una forma de atraerlos. Se adentró en la noche ataviado únicamente con su elegante traje.

Al día siguiente, como todas las mañanas, el camarero les sirvió el desayuno en la mesa de una de las habitaciones,

la que utilizaban como comedor, despacho y salón, en la última planta del hotel donde vivían desde hacía quince años. Dmitri se sonaba la nariz, tosía y le dolía la garganta. Véra se moría de ganas de soltarle un maternal: «Ya lo ves, esto te pasa por no hacerme caso», pero se contuvo. Solo le preguntó si por la noche había hecho frío. Dmitri sorbió un poco de té y comentó que, cuando salieron de la ópera y se dirigieron al restaurante, el tiempo había cambiado y soplaban un viento helado de los Alpes.

—Debo de haberme resfriado. Después del desayuno me tumbaré otro rato.

El resfriado acabó en gripe. Dmitri le pidió a su padre, que rondaba ya los ochenta, que hiciera el favor de no acercarse a su dormitorio. Pero a la madre, que tenía casi la misma edad, no se lo podía prohibir; ella lo cuidó todo el día. Al día siguiente cayó enferma. La gripe hizo estragos aquel año y ciertamente el tiempo había cambiado: tras una breve premonición de la primavera, regresaba el viento del invierno.

Como todas las mañanas, Nabokov se despertó a las siete tras un sueño poco reparador; solía dormir desde las once hasta las dos de un tirón, con una pastilla; cuando esta dejaba de surtir efecto, se tomaba otra y dormía desde las cuatro hasta las siete; entretanto leía. Por la mañana se quedaba un rato en la cama, planeando lo que iba a escribir y hacer durante el día. A las ocho se afeitaba, desayunaba y conversaba con Véra; después se metía en la bañera. Aseado y con el estómago lleno, se ponía a escribir. Cuando el servicio de habitación invadía la estancia con las escobas y la aspiradora, salían a dar un paseo bordeando el lago. A la una, la señora Furrier, que parecía un zorro risueño, les servía la comida; la preparaba en

una de las habitaciones, en la que habían instalado una cocinita. Nabokov volvía a la escritura antes de las dos para terminar a las cinco y media. Luego salía a pasear y a comprar el periódico. Tenía la sensación de que en Suiza olvidaba el inglés, por lo que leía prensa anglosajona, sobre todo americana: *The New York Times*, *The New York Review of Books*, el *Times Literary Supplement*, el *Newsweek* y el *Time*. Los Nabokov se habían mudado de Estados Unidos a Suiza tras el enorme éxito que tuvo *Lolita* y que les permitía llevar una vida desahogada y acomodada. Vladimir compraba todos los días los periódicos en tres quioscos distintos para que todos hicieran negocio; a los vendedores solía soltarles alguna broma, como hacía también con el personal del hotel.

Los periodistas que a menudo acudían al Montreux Palace sin invitación para entrevistarle se quejaban de que el muy engreído se negara a recibirlos. Los miembros del personal del hotel, sin embargo, lo adoraban y lo defendían con vehemencia. Los periodistas no lo entendían: les parecía un hombre cerrado, frío, antipático. Si en aquel momento Dmitri se hallaba en el hotel de visita, les explicaba que su padre se protegía con aquella aparente soberbia y frialdad de la presión constante de los fotógrafos y periodistas que se presentaban de improviso. Su sentido de la precisión no le permitía tratar un tema con aproximaciones; necesitaba pensarlo todo bien para poder responder con el máximo rigor, por eso tan solo concedía entrevistas por escrito.

Por la mañana Véra se levantó para almorzar con Vladimir. Se retiró detrás de las orejas la densa cabellera blanca, el único adorno que lucía, para evitar así que le cayera a la cara mientras comía. Al terminar, se sentó en

el sillón de la habitación de su marido que hacía las veces de despacho. Él se levantó con la intención de besarla.

—No, Volodia, ¡que te vas a contagiar! —lo ahuyentó Véra.

Así que Vladimir volvió a sentarse, no sin cierta dificultad, ante el escritorio y fingió escribir, aunque no podía concentrarse. Pensaba en Véra y en él, cuando tenían poco más de veinte años...

2

... Conservaba la fecha y el lugar grabados en la memoria, a pesar de que hacía cincuenta y cuatro años de aquello: fue en Berlín, el 8 de mayo de 1923. Vladimir, que por aquel entonces contaba veinticuatro primaveras, fue al baile de disfraces de los emigrados rusos sin esperar gran cosa. Si decidió asistir fue para ver una vez más, quizá la última, a Svetlana; la herida de su reciente ruptura seguía dolorosamente abierta. Se dijo que en el baile podría burlar la estricta prohibición que los padres de la joven, que no veían con buenos ojos la compañía de un escritor pobre, le habían impuesto: que no volviera a relacionarse con él. La buscó con la mirada; en un par de ocasiones bailó indiferente con alguna chica y fumó cigarrillos con uno u otro conocido, pero Svetlana no apareció por ninguna parte.

Se disponía a irse malhumorado cuando le llamó la atención una joven con un vestido negro y una máscara veneciana de lobo que le cubría la frente y la nariz. Bailaron juntos, fumaron y bebieron vino blanco de la región del Rin. La chica no se quitó la máscara de lobo en

ningún momento; le ensombrecía los ojos, de modo que solo podía percibir su brillo muy de vez en cuando. Eran de un azul grisáceo y contrastaban con el tono oscuro de la máscara. Vladimir le recordó que llevaba puesto el hocico de lobo, más que nada para que al día siguiente no fuera a trabajar con aquella facha. La joven sonrió con sus labios finos, pero no por ello despejó su rostro. Vladimir imaginó entonces que la misteriosa muchacha era muy bella y que, acostumbrada como estaba a la admiración de los hombres, aprovechaba la ocasión que brindaba el baile de disfraces para convencerse de que, para cautivarlos, le bastaban su ingenio e inteligencia. Claro que también contaba con una figura estilizada, una clara y brillante melena que le caía hasta los hombros y unos labios delineados con delicadeza que le hacían pensar que se trataba de una mujer sensible.

Salieron juntos a la noche primaveral, se detuvieron junto a un canal y la joven le recitó de memoria unos versos que él había compuesto. Al principio, Nabokov se rio para sus adentros de la solemnidad con que ella recitaba: le pareció que su actuación resultaba estudiada y teatral, como si imitara a uno de los personajes histéricos de las óperas de Verdi o como si una maestra de provincias declamara con grandilocuencia unos versos patrióticos en una celebración de la fiesta nacional. Pero luego miró los castaños en flor que resplandecían al fondo de la noche y le pareció que todo resultaba mágico, irreal. Se había creído con el recital y, aunque la desconocida siguiera con la máscara puesta, la sentía más próxima. Vladimir escribió un poema sobre el encuentro aquella misma noche.

A mediados de mayo se fue a una finca de la Provenza a recoger cerezas, que en junio serían albaricoques y en

julio, melocotones. Si bien no había olvidado a Svetlana, tras vacilar un poco escribió varias cartas a Véra Slónim, que era el nombre de la joven de la máscara de lobo.

No voy a esconderlo –fueron las primeras palabras que le dirigió–, no estoy nada acostumbrado a que alguien me entienda, pongámoslo así. Es algo tan poco habitual para mí, que en los primeros momentos pensé que se trataba de una broma, de un extraño truco producto del baile de disfraces. En cambio luego... Hay cosas que cuestan de explicar, porque cuando las rozas con las palabras, desaparece su polen mágico. Sí, te necesito, mi cuento de hadas... Porque eres la única persona con la que puedo hablar sobre la sombra de una nube, sobre la melodía de una idea y sobre cómo hoy, mientras iba a trabajar, he mirado un girasol a la cara y él me ha sonreído con todas sus semillas.

Cuando volvió a Berlín, ciudad reseca en aquella época del año, Véra se había ido de vacaciones. Vladimir seguía soñando con Svetlana pero, a la vuelta de su amiga del baile, la buscó. Resultó que hasta la Revolución los dos habían vivido en el mismo barrio de San Petersburgo, que tenían muchos conocidos comunes y que, en el exilio berlinés, frecuentaban los mismos ambientes. De hecho, habrían podido coincidir varias veces y lo sorprendente era que no hubiera ocurrido hasta entonces. Salieron a pasear por el barrio residencial a orillas del lago Wannsee; hacía un precioso día ventoso con indicios de melancolía otoñal y Véra se puso a hablar de las casualidades que podrían haberlos unido hacía tiempo y que, sin embargo, no lo habían hecho.

–¿Sabes qué pienso yo de las casualidades?

—¿Qué, Volodia?

—Había una vez un hombre que perdió su catalejo en el vasto azul del mar —explicó él mientras doblaban en una esquina desde la que se veía el lago—. Al cabo de veintidós años, justo el mismo día, que además volvió a caer en viernes, se comió un pescado grande y... no encontró el catalejo en sus tripas. Esto es lo que pienso de las casualidades.

La historia que se acababa de inventar y de la que se rio a carcajadas dejó más bien fría a Véra. Con todo, se esforzó y esbozó la característica y enigmática media sonrisa que tanto la favorecía: la comisura izquierda de la boca para arriba, la derecha para abajo. Al ver que con su historia no había tenido éxito, Vladimir decidió entretener a su compañera con cuestiones prácticas, por las que ella siempre mostraba un gran interés. Le contó que se había trasladado de la pensión Martin-Luther-Strasse a la Andersen. La dueña era una española que había pasado mucho tiempo en Chile, buena cocinera y mujer alegre, tolerante y tranquila a la que no le importaba que un joven escritor se presentara a desayunar a las once, tanto si se debía a una noche de trabajo como a una noche de juerga. Vladimir estaba encantado de haber encontrado a una aliada en la dueña y de no sentirse violento por perturbar la omnipresente disciplina y orden alemanes, como a menudo le había pasado en las habitaciones alquiladas y pensiones donde se había alojado.

Recordaba que Véra se había reído como lo habría hecho un cómplice y que con eso lo acabó de conquistar.

Tras este triunfo, se atrevió a mostrarle una hoja que desde hacía unas semanas llevaba en el bolsillo del abrigo: había preparado para su amiga una lista de las mujeres con las que había mantenido relaciones duraderas an-

tes de conocerla a ella. Tales listas eran una costumbre rusa que los jóvenes habían tomado de Evgueni Oneguín, el protagonista de la novela de Pushkin del mismo nombre. En la lista de Vladimir había veintiocho nombres de mujer. Aquel día, junto al limpio y cristalino Wannsee en el que se reflejaba el brillo de la tarde, Véra solo echó un vistazo rápido al papel y se lo guardó en el bolso. Tras vacilar un poco, dedicó una mirada coqueta a Vladimir. Coqueta, sí, pero a él le pareció que también estaba llena de gratitud, como si valorara profundamente su prueba de franqueza y buenas intenciones.

Transcurrió casi un año desde su primer encuentro y llegó la siguiente primavera. El 25 de abril de 1925, Vladimir cenó con los Slónim. En medio de la conversación y en un tono ligero, Véra dijo:

—Antes de que me olvide: esta tarde nos hemos casado.

Su padre se rio con ganas y su nueva esposa, Aniuta, veinticinco años menor que él y prima de Véra, lo acompañó.

Respondiendo a las preguntas de los miembros de la familia, Véra explicó que la boda se había celebrado en el Ayuntamiento de Berlín y que, tal y como exigía la ley, los habían acompañado dos testigos.

—Amistades más bien casuales —precisó.

Vladimir había residido en Berlín, Praga, París, Nueva York y otras ciudades norteamericanas; ahora, quisiera o no, habitaba en Montreux. Y pensó que mientras que los zares nunca habían logrado dominar los cerebros humanos a voluntad del gobierno, los bolcheviques lo consiguieron enseguida después de que el gran contingente de

intelectuales desapareciera en el exilio o fuese liquidado de otra manera. Tras la Revolución, el feliz grupo de exiliados pudo dedicarse a sus intereses con una impunidad tan absoluta que, de hecho, a veces se preguntaban si la sensación de disfrutar de una libertad mental absoluta no se debía al hecho de trabajar en un vacío total. Lo cierto es que entre los exiliados había una cantidad suficiente de buenos lectores para garantizar la publicación de libros y periódicos en capitales europeas como París, Berlín y Praga, a una escala comparativamente grande; pero puesto que ninguno de los escritos podía circular con libertad por la Unión Soviética, todas esas actividades adquirieron un cierto aire de frágil irrealdad.

Vladimir soltó una risita al pensar en lo fácil que hubiera sido para un observador independiente ridiculizar a toda esa gente casi intangible que en ciudades extranjeras imitaba una civilización muerta: los remotos, casi legendarios, casi sumerios espejismos de San Petersburgo y Moscú del periodo que iba de 1900 a 1916 (y que incluso entonces, en los años veinte y treinta, parecían los años 1900-1916 antes de Cristo). Pero como mínimo fueron rebeldes, como lo había sido la mayoría de los grandes escritores rusos desde los comienzos de la literatura rusa, y eran tan fieles a esa condición de insurgentes y tenían tanto sentido de la justicia y la libertad como sus predecesores bajo los zares.

Vladimir y Véra pasaron juntos en Berlín la segunda mitad de la década de los veinte a pesar de que Vladimir deseaba mudarse a otro sitio. Su vida interior estaba reñida con la cultura alemana, demasiado estricta y altisonante para su sensibilidad; escribió sobre sus sentimientos respecto a Alemania en el cuento «Nube, castillo,

lago», que consideraba uno de sus mejores relatos, en parte porque bajo su superficie se escondía, como en el fondo del lago, otra historia completamente distinta que, creía, nunca nadie llegaría a descifrar.

Después de un año de casados, le escribió a Véra a un balneario de la Selva Negra adonde esta había ido a acompañar a su madre:

Uno de mis deseos es el de abandonar Berlín y Alemania para trasladarme contigo a la Europa del sur. El alemán hablado me disgusta, del mismo modo que me repele la tosquedad, la vulgaridad y la insoportable grosería de Berlín con su regusto a embutidos en mal estado y su fealdad disfrazada de cortesía y respetabilidad. Tú lo entiendes igual que yo. Preferiría vivir en un rincón oculto de cualquier otro país que en Berlín.

San Petersburgo, su ciudad perdida, lo asaltaba una y otra vez. Al poco de casarse, compuso un poema sobre los recuerdos de un exiliado; ahora solo se acordaba de la primera estrofa:

*Recuerdo, flecha reluciente,
convierte con tu mano tierna mi exilio,
estremecedme, imágenes de antaño:
bahías celestiales batidas por el viento
donde humean las nubes de Petersburgo,
cercados, rincones remotos,
amables rostros de los fanales...
Recuerdo que allá junto a mi Nevá,
como lápices dibujando sombras,
murmuraban sigilosos los atardeceres.*

Se había sentado a su escritorio pero no conseguía concentrarse en la novela que había empezado. Pensaba en el día en que despacio, de puntillas, se acercó a él su primer poema. Aquel verano de 1914, él, un chico espigado, se protegía de un chaparrón en la glorieta de un jardín a las afueras de San Petersburgo. La lluvia, una masa de agua que caía violentamente y debajo de la cual los árboles se retorcían, se redujo de súbito a unas líneas oblicuas de oro silencioso que se rompían en breves retazos sobre un fondo de agitación vegetal que iba aplacándose. La tormenta pasó deprisa. Entre los campos que humeaban apareció un arcoíris. Fue entonces cuando nació su primer poema. Maravillado, en un espasmo de inspiración, el chico empezó a murmurar sus primeros versos.

Hacía mucho de aquello. Ahora, sentado a su escritorio, dispuso frente a él las fichas en blanco en las que se disponía a redactar la continuación de su novela, pero su mente se hallaba en otra parte.

Véra y Dmitri estaban enfermos, sin embargo, él se sentía bien, ligero como tiempo atrás. Llevaba un año escribiendo *El original de Laura*. Durante las noches de insomnio recreaba la novela hasta los últimos detalles y todas las tardes llenaba unas cuantas fichas; esperaba tener lista la primera versión para el verano. Se la llevaría consigo cuando fuera de vacaciones a Cannes. Todos los veranos iban a los Alpes a cazar mariposas desconocidas y a festejar las que ya habían visto muchas veces. Conocían bien la región, todas esas montañas preciosas y lugares maravillosos de célebres y melodiosos nombres: Zermatt, Crans-Montana, Saint Moritz, Davos, Evian, Verbier y

Chamonix. Incluso se habían comprado un terreno en lo alto de Les Diablerets para construirse un refugio, mas al final les dio pereza ponerse manos a la obra y el proyecto resultó ser un castillo en el aire. El terreno todavía les pertenecía.

Vladimir no creía en el tiempo. Ni en el paso del tiempo. El placer más grande que experimentaba en esa ausencia de tiempo se presentaba cuando, en un paisaje elegido al azar, se encontraba en compañía de exquisitas mariposas y las plantas que las alimentan. Esa era la dicha, el éxtasis detrás del cual se hallaba algo difícil de describir: un espacio vacío que se llenaba rápidamente de todo lo que él amaba. Entonces tenía la sensación de amalgamarse con el sol y las rocas, y experimentaba un estremecimiento de gratitud hacia quien se lo merecía... hacia el contrapunto genial del destino humano o hacia los fantasmas sensibles que satisfacen todos los caprichos de un afortunado mortal.

En verano haría un año de la caída, pensó: subía una montaña y ya estaba casi en la cima cuando vio una *Gonepteryx rhamni* amarilla especialmente grande. Alzó el brazo con el cazamariposas para atraparla, pero resbaló por el estrecho sendero, se cayó y quedó tendido de lado. Sintió tanto asombro como vergüenza, pero se levantó. El cazamariposas, sin embargo, se había enredado en unos matorrales. Al agacharse para recuperarlo, volvió a caerse. El terreno descendía abruptamente hacia el valle y no pudo incorporarse; aunque se mareó, le dio por reír: le parecía que la caída era para morir de risa, como las payasadas de las películas mudas. Vio que el maquinista del teleférico que pasaba justo por encima de él lo miraba. Vladimir siguió riendo sin parar pero, al darse

cuenta de que no podría avisar a nadie, se asustó. No lo socorrieron con una camilla hasta al cabo de tres horas; como el maquinista había visto a un señor mayor tumbado riéndose, se dijo que no debía de ser grave; fue al bajar cuando le pareció raro que siguiera allí y pidió ayuda. Al recordarlo, Vladimir no pudo evitar reírse de nuevo. Lo hizo a pesar de saber que, con la caída, algo había dejado de marchar bien, como en la maquinaria de un reloj, y desde entonces había estado enfermizo y había pasado semanas enteras en el hospital.

En parte por eso, aquel verano quería ir al mar y no a la montaña. Pero no a cualquier lugar; se moría de ganas de volver a Cannes. Estaba ciegamente obsesionado por ir con Véra allí, al lugar donde, en 1937, pasaron varios meses con Mitia, que entonces tenía tres años. En verano haría justamente cuarenta años. Fue entonces cuando tuvo que decidir entre Véra e Irina, Irina Guadagnini-Kokóshkina, con quien acababa de pasar una maravillosa primavera en París. Dios, qué lejos quedaba todo... Si pudiera volver al lugar de aquella terrible decisión que, desde la distancia, podía parecer incluso placentera... En aquel tiempo era alto, joven, esbelto –todavía fumaba; perdió su porte juvenil cuando en América dejó de fumar por motivos de salud– y lo amaban dos mujeres extraordinarias, y no precisamente por su hermosura: ni de la una ni de la otra podía decirse que fueran una belleza; mujeres misteriosas y excepcionales, singulares, ingeniosas y despiertas. Irina era tan femenina, tan irresistible... Él estaba entre las dos, incapaz de renunciar a ninguna de ellas.

Las quería a ambas, a cada una de un modo distinto. ¿De verdad era Irina tan especial? ¿Acaso no era una chica

del montón que se sentía por encima de los demás y de su realidad de peluquera de perros por el hecho de escribir mediocres poemas inspirados en Anna Ajmátova? ¿No era él un mago que moldeaba la realidad a su gusto y, cual Quijote, de una común aunque muy seductora Irina había creado a su Dulcinea, de manera parecida a como lo haría su personaje Pnin con la vulgar y calculadora Liza? Fuera como fuese, lo que hubo entre ellos no fue de ningún modo una relación sentimental carente de significado o superficial: lo que vivió con Irina lo marcó de por vida. Y pondría la mano en el fuego por que –no pudo evitar reírse de nuevo– a Irina, a diferencia de Véra, le habría interesado la lectura del diccionario finés-francés.

Detrás de la ventana, los copos de nieve revoloteaban con el viento. Volvió a pensar en el hecho de que cada vez que concedía un detalle de su vida a uno de los personajes de las novelas, aquel arraigaba en el libro mientras que para él perecía. La imagen tan preciada de Irina había empezado a desvanecerse cuando le otorgó su aspecto y algunos de sus atributos al amor de Pnin; Irina, recién arraigada en el personaje de la bella Liza Bogolepova, alcanzó tanta autonomía que se convirtió para Pnin en la fatalidad. Ay... Dentro de Vladimir, el hombre empezó a rebelarse contra el novelista.

Recordó que, desde el París de cuarenta años atrás, alguien había enviado una carta a Véra, que se hallaba en Berlín, poniéndola al corriente de que Irina y él... Véra se lo creyó y le preguntó por carta por el asunto. Él le contestó; todavía recordaba su elegante letra: «También a mí me han llegado tales calumnias, así que no dudaba que inevitablemente te alcanzarían a ti en Berlín. ¡Esas jarras llenas de obscenidades, que pertenecen a los que hacen

circular calumnias semejantes, deberían romperse en mil pedazos! De un hombre mayor escuché otra versión según la cual estoy liado con Nina Berbérova. Es cierto que frecuento bastante a menudo a las señoras Guadagnini-Kokóshkina y las dos son muy agradables; subrayo: las dos». Las dos, o sea, madre e hija, como si entre ellas no hubiera diferencia alguna, así lo había escrito. Y con acierto había introducido a Nina Berbérova, para que las sospechas no recayeran exclusivamente sobre una sola persona. Después detalló cómo lo observaban los círculos de emigrantes rusos: lo seguían de tal manera que no solo no se les escapaba nada, sino que además se dejaban llevar por su fantasía hasta el punto de inventarse historias. Lo describió todo de manera tan convincente que, tras aquella carta, Véra le creyó.

Vladimir conocía bien su gusto por las mujeres. Formaba parte de su naturaleza. Deseaba a las mujeres-musas y no quería saber nada de las mujeres-escritoras. Y si bien era cierto que había leído a Virginia Woolf, a fin de comprender la literatura femenina, no la tenía en gran estima; Vladimir había escandalizado a los círculos literarios del mundo entero al señalar que su novela *Orlando* era un exquisito ejemplo de vulgaridad. Katherine Mansfield, a su parecer, era mejor, pero tenía un miedo banal a lo banal y los colores que describía resultaban algo dulzones. No había leído a Nina Berbérova, pero como mujer la encontraba agraciada, y eso que tenía los dientes separados. Pero ¡qué ojos! Y también recordó que hacía una semana, allí en Montreux, había invitado a cenar en el restaurante del hotel a la poeta rusa Bela Ajmadúlina, que había venido de visita durante su gira por Europa. Vladimir no se aburría: Bela era vivaz y agra-

dable, hermosa... y como todos los que venían de la Unión Soviética, ocultaba tras una sonrisa radiante resentimiento y amargura, cansancio y dolor.

Miró por la ventana; el viento arreaba las nubes sobre el lago Lemán de Lausana hacia Valais.

–Hoy no me puedes sacar a pasear –le dijo a Véra–. Así que saldré solo, a que me dé un poco el aire.

–¿No sería mejor que...? Ten cuidado, Volodia, empieza a nevar –dijo Véra sin convicción, pues era consciente de que sus consejos eran en balde.

–¿Sabes qué? ¿Sabes adónde iremos este verano?

–A la montaña. ¿A Francia tal vez? ¿A los pies del Mont Blanc?

–Correcto, iremos a Francia. Pero no a los Alpes sino a Cannes.

–¿A Cannes? ¿No iremos a la montaña?

–Bueno, en Cannes también hay colinas y montañas. Quiero ir al mar... ¿Tú no?

¿Le habría venido a la cabeza lo mismo que a él? Había sido precisamente en Cannes donde hacía cuarenta años había acudido a buscarlo Irina Guadagnini.

Ya llevaba puestos el abrigo y los guantes. Se colocó el gorro y con un grito se despidió de Dmitri y salió.